

## LA FIGURA VILLAAMIL EN «MIAU»

Geoffrey Ribans

Para la sesión de clausura en este I Congreso Galdosiano, de extraordinaria envergadura y —dicho sea de paso— de un pasmoso espíritu hospitalario, podría parecer irreverente y poco serio discutir sobre una obra cuyo título monosílabo consiste en el vocablo que expresa el característico sonido gatuno *Miau*, que poco parece tener de elevado o trascendental. Pero Galdós y no yo lo ha dispuesto así y conviene subrayar que desde el primer momento, en su título mismo, don Benito eligió dar un tono ligero, burlesco y socarrón<sup>1</sup> —palabra esta que sale a cada paso al referirse a Galdós— a su novela. *Miau* es efectivamente una de las novelas de Galdós que en años recientes ha suscitado más interés y más discusión. Y sobre un aspecto en especial, fundamental para la comprensión de la obra, ha surgido cierta amistosa polémica la cual quiero examinar con cierto detenimiento esta tarde: la interpretación del personaje del protagonista. En esta ocasión, por tanto, he de restringirme rigurosamente a don Ramón de Villaamil, dejando completamente de lado otras interesantísimas consideraciones, tal como el papel del niño Luis Cadalso, cuya primordial importancia, tanto estructural como temática, soy por otra parte el primero en reconocer. Los críticos que últimamente se han ocupado de este tema parecen dividirse en dos campos radicalmente distintos: por una parte los que ven la historia principalmente como una crítica de la sociedad que oprime al individuo indefenso, dejando despiadadamente cesante a un digno funcionario; descuelan entre éstos, señaladamente en las ilustres páginas de *Anales Galdosianos*, Alexander Parker<sup>2</sup>, Geraldine M. Scanlon y R. O. Jones<sup>3</sup>, en un artículo escrito en colaboración, y Herbert Ramsden<sup>4</sup>, todos ingleses por más señas; y por la otra los que atribuyen una parte mayor o menor de la responsabilidad por su desesperada situación a los defectos del propio Villaamil: Sherman Eoff, con su célebre libro sobre las novelas galdosianas<sup>5</sup>, y Robert Weber, editor

meticuloso del manuscrito de *Miau*<sup>6</sup>, representan esta segunda actitud. En síntesis el problema esencial se plantea en el título del artículo de Parker: «¿Es Villaamil víctima o fracaso cómico?»

Es verdad que caben otras actitudes más variadas o polifacéticas: Villaamil como símbolo de la existencia humana<sup>7</sup>; el concepto de la administración como un «mundo absurdo» autónomo e incomprensible, kafkiano o unamunesco, desarrollado por Ricardo Gullón<sup>8</sup>; la actitud más bien psicológica, si bien crítica de Villaamil, de Theodore Sackett<sup>9</sup>; por mi parte, a raíz de una nota algo severa sobre el libro de Gullón en la que, en un espacio harto breve, me atravié a embarcar en una interpretación de *Miau*<sup>10</sup>, se me ha identificado con el criterio de Weber<sup>11</sup>, cosa que dista mucho de ser cierta, como se verá en lo que sigue.

En su artículo modestamente titulado «Preludio de una revalorización», Scalon y Jones señalan como los tres defectos de Villaamil según el criterio asociado con Eoff y Weber: la incompetencia, el pesimismo y una excesiva auto-preocupación<sup>12</sup>. Por mi parte, no dudo en descartar estas críticas como totalmente injustificadas. Acepto, sin ambages, la mayor parte de lo que los eruditos villaamilófilos, por decirlo así, alegan en su favor: su seriedad y su básica competencia en su carrera, su evidente superioridad humana frente a los demás miembros de la tribu burocrática, la flagrante injusticia, una tara escandalosa sobre el estado y la sociedad que la permite, de su cesantía y del fracaso de sus esfuerzos por colocarse con el fin de jubilarse dignamente. Todo esto me parece archievidente: no creo que haya nada que favorezca la tesis de Weber de que al pobre Villaamil le incumbe, a los sesenta años bien cumplidos, buscar otro empleo ni que su aspiración de colocarse sea el resultado de un exagerado egoísmo<sup>13</sup>. Igualmente evidente para mí es la honda compasión que debemos sentir frente a la simpática figura de Villaamil: es hombre de cabal integridad ética, de una gran benevolencia humana, de una admirable sencillez de costumbres. No menos evidente y meritoria es su honradez, su determinado rechazo de las trampas y fraudes a que le instan tanto doña Pura como Víctor; éstos son los métodos consagrados, y cada vez más importantes, para adelantar dentro del sistema, pero no podemos, sino aplaudir en Villaamil su rotunda negativa a recurrir a ellos<sup>14</sup>. Si la novela fuera tan sólo una encarnizada lucha entre la pérfida e ineficaz administración y el incorruptible Villaamil —así es más o menos el enfoque del problema que con el irónico beneplácito del autor el honrado empleado se complace en presentar— no habría más alternativa que ponerse resueltamente de parte suya. Pero la realidad de la novela es —a mi ver— harto más compleja y la confrontación estado-Villaamil está mal enfocada. Veámoslo.

Las características de la administración española, tal como nos la presenta Galdós, son fácilmente descritas: Ramsden, entre otros, la somete a un examen sumamente minucioso, resumiéndola como «a world of mediocrities and string-pullers»<sup>15</sup>; Scalon y Jones apuntan con razón que es «manifestly malignant» y, además, perversa: no sólo no premia al meritorio, sino favorece al malo; Par-

ker ve más bien en ella un ejemplo externo de carencia de compasión humana <sup>16</sup>. Todos, influidos quizá por un sistema de administración más asentada y estable, pasan por alto los violentos altibajos experimentados en la vida pública española. En vez de apreciar la asombrosa capacidad de Galdós para penetrar de modo verosímil en la existencia física de este mundo burocrático tal como es o aparenta ser, parecen, implícitamente, prever la posibilidad de mejorarla desde dentro y aprueban, con más o menos entusiasmo, los proyectos de reforma que abrigaba Villaamil <sup>17</sup>. Es aquí donde discrepo grandemente de mis ilustres compatriotas. A mi parecer la actitud de Galdós frente a la burocracia es muy distinta de lo que conciben los que buscan en sus novelas motivos de regeneración dentro de la oficialidad estatal.

Antes de entrar, sin embargo, en este terreno esencial, conviene mirar un poco más de cerca los detalles que nos proporciona Galdós, pródigo siempre en datos concretos, de la carrera pública de Villaamil. Primero importa reparar en una cosa significativa. La acción de *Miau* se desarrolla en plena Restauración, en 1878. No es casual que Galdós sitúe su presentación más acabada de un viejo cesante en un período que, según él, reunía ciertas condiciones muy especiales, consecuencia de la época de inquietud que seguía a la «Gloriosa» Revolución de septiembre de 1868: «el mayor trastorno político de España en el siglo presente» (588) <sup>18</sup>, la cual dejó cesante a Villaamil por deber su destino a un íntimo de González Bravo <sup>19</sup>. A continuación los vaivenes políticos y sobre todo el arreglismo acomodaticio de la Restauración transformaron desfavorablemente la situación del empleado ya entrado en años, monárquico por más señas y amenazado de cesantía por la cantidad de nuevos pretendientes. Como afirma el mismo Villaamil, hombre esencialmente del antiguo régimen: «Con esta Restauración maldita, epílogo de una condenada revolución, ha salido tanta gente nueva... Bien dice Mendizábal que la política ha caído en manos de mequetrefes» (610). Pantoja repite en otras palabras esencialmente el mismo concepto. Hablando de la tribu Pez, notoria muestra de la habilidad burocrática de arriarse al sol que más caliente, dice que éstos están rebosando de obligaciones: «Esa gente, que sirvió a la Gloriosa primero y después a la Restauración, está con el agua al cuello porque tiene que atender a los de ahora, sin desamparar a los de antes, que andan ladrando de hambre» (696) <sup>20</sup>. Villaamil es patentemente de los de antes que se han quedado desamparados. Por eso Pantoja le recomienda a su amigo que busque el apoyo de los «pájaros gordos», sean ministeriales o no, y menciona por su nombre a los prohombres más destacados de la Restauración: Sagasta, Cánovas, Castelar, Venancio González, los hermanos Silvela. En otra ocasión Villaamil denuncia a Pura la facilidad con que los Peces —que no él— han sabido acomodarse a la Restauración: «Figúrate una gente que ha mamado en todas las ubres y que ha sabido empalmar la Gloriosa con Alfonsito» (630). El, incluso, logró mantener su puesto cierto tiempo «respetado por la Restauración» antes de que le cayese el fatídico golpe. Seguidamente afirma que los puestos que ocupan ellos, los más plegadizos, corresponden

a los «leales», «servidores fieles, identificados con la política monárquica». Y conste que lo que después proclama, nótese bien, es nada menos que la necesidad del sistema de turno, que echaría a unos, los que sabían adaptarse a cualquier régimen para sustituirlos con otros más adictos e intransigentes. Es decir, que nuestro dedicado funcionario contempla con ecuanimidad el sistema paralelo de empleados y pretendientes que se alternan en el servicio según la orientación política: no le importa que haya una cohorte permanente de cesantes, con tal que él no sea uno de ellos, ni aspira a crear un cuerpo estable y fijo de empleados del estado. ¡Vaya una reforma!

También entra en juego, naturalmente, el enchufismo, sobre todo la influencia de las faldas, que en el caso destacado de Víctor es lo que determina su inmerecido ascenso.

Este concepto, por cierto muy fidedigno, de la Restauración como intentando en lo posible una cómoda reconciliación de todos los intereses<sup>21</sup> está muy arraigado en Galdós; en *Fortunata y Jacinta*, novela que inmediatamente antecede *Miau*, y que se desarrolla precisamente en aquellos años, presenciamos la subida a ministro de Jacinto Villalonga, quien va en seguida dispensando largueza a tales menesterosos como Basilio Andrés de la Caña, amigo y apoyador de Villaamil en *Miau*, y Juan Pablo Rubín que tiene la desvergüenza de dar un carlista reconciliado propinita de medio duro (554) al mísero Villaamil, y en otra esfera —la eclesiástica— al repugnante Nicolás Rubín; en estos nombramientos no entra para nada ninguna consideración de mérito. Incluso recibió Villalonga, sin atenderla, una recomendación de Feijoo para Villaamil, en su previa encarnación de Ramsés II<sup>22</sup>.

Años más tarde, en un artículo escrito en 1903, «Soñemos, alma, soñemos», Galdós insiste de nuevo en la transformación radical que se ha realizado desde la época de la Revolución de 1868 y la Restauración, transformación «que ya vieron los despabilados, y ahora empiezan a ver los ciegos». Consiste ésta, continúa Galdós, en un abandono de la dependencia absoluta sobre el Estado: «... el ser doméstico, digámoslo así, de nuestra raza pobre y ociosa, sin trabajo interior ni política internacional, se caracterizaba por la delegación de toda vitalidad en manos del Estado. El Estado hacía y deshacía la existencia general... Las clases más ilustradas reclamaban y obtenían el socorro del sueldo. Había dos noblezas: la de los pergaminos y la de los expedientes...» A partir de la Revolución y su secuela, en cambio, «va siendo ya general la idea de que se puede vivir sin abonarse por medio de una credencial a los comedores del Estado; de éste se espera muy poco en el sentido de abrir caminos anchos y nuevos a los negocios, a la industria y a las artes. En cincuenta años es incalculable el número de los que han aprendido a subsistir sin acercar sus labios a las que un tiempo fueron lozanas ubres y hoy cuelgan flácidas. [Nótese la tan predilecta metáfora galdosiana] Los españoles han crecido: comen, ya no maman» (*O. C., Novelas*, III, 1258-59). Aunque es indudable que las ideas de Galdós se han radicalizado mucho en el transcurso de los años, Villaamil se cuadra de la manera

más exacta al hombre viejo satélite del Estado frente al nuevo tipo, independiente y emprendedor —al que podríamos considerar capitalista— de la post-Restauración.

El caso de Villaamil resulta así políticamente explicable e históricamente verosímil, aunque esto, naturalmente, no quita nada de la injusticia del caso. Al considerar los efectos de su cesantía, intentemos de antemano separar las consecuencias puramente materiales de las espirituales. Su situación material es por cierto desesperante y poco menos que irremediable en el momento en que le encontramos en la novela, pero el hecho es que precisamos el fin de un largo proceso que evidencia, por un lado, la arbitraria e indiferente injusticia del Estado —cosa que podríamos dar por sentada— y, por parte del afectado, una grave falta de previsión, cautela y resolución. Villaamil no puede menos que darse cuenta de lo que es el sistema administrativo español —sus denuncias lo demuestran claramente— y, por tanto, de lo precaria y deleznable que es la seguridad del funcionario público. Al describir sus tres períodos de cesantía, Galdós nos indica de paso que dieciocho meses sin destino es «poco tiempo» para un empleado. Villaamil debe estar escarmentado ya. Ha tenido aquel momento de fugaz triunfo, nada brillante por cierto, evocado fielmente por Galdós en más de una ocasión, como jefe económico de una provincia de tercera, pero allá «doña Pura y su hermana daban el tono a las costumbres elegantes y hacían lucidísimo papel» (588)<sup>23</sup> y éste no sabía impedir estos derroches como no logró impedir que su hija Luisa se casase con Víctor Cadalso. Cuando la revolución le deparó la cesantía, pagaron todas las consecuencias de las consabidas extravagancias, pues doña Pura «había tenido siempre el arte de no ahorrar un céntimo». Sus dos años de destino en Ultramar le proporcionaron algunos ahorros «que se deshicieron pronto como granos de sal en la mar sin fondo de la administración de doña Pura» (590-91). Repárese en la palabra «administración»: Villaamil es el administrador público que no sabe administrar su propia casa. En otra parte Galdós declara paladinamente que es doña Pura quien lleva los pantalones.

Dentro ya de la acción del libro, en los apuros más negros de la cesantía, no cesan tampoco las extravagancias de doña Pura, debidamente advertidas en todo detalle por Paca, la portera, y que dan indicios tanto de la continua irresponsabilidad de las *Miau* que no dejan nunca de «vivir en la hora presente» (570), como de la falta de autoridad del jefe del hogar, el ex-jefe económico de una provincilla: tan despegado está de la economía doméstica que no se le ocurre siquiera preguntar de dónde proceden aquellos lujos (más adecuado (s) a la mesa de un director general que a la de un mísero pretendiente» (569) comprados con los diez duros que doña Pura recibe prestados de la Señora de Pez y seguidos algo más tarde por los no pocos billetes de 100 pesetas entregados por Víctor. Doña Pura ya había increpado violentamente a su marido por su falta de empuje: «Las credenciales, señor mío, son para los que se las ganan enseñando los colmillos. Eres inofensivo, no muerdes, ni siquiera ladras, y todos se ríen de

ti» (561). Don Ramón hubiera hecho bien en enseñar los colmillos en casa, donde toda la preocupación está en ir a la ópera, recibir a las visitas y obsequiarlas con copa y pastas y conservar intacta entre todos los apuros la tan adorada sala, inigualada entre sus amistades.

El hecho es, sin embargo, que las dificultades materiales, por acuciantes que sean, son lo de menos en esta historia. Mucho más importante es la frustración espiritual de un hombre que ha dedicado no ya su vida, sino su alma a la máquina burocrática<sup>24</sup>. Primero, echemos un vistazo a las palabras e imágenes que están asociadas con él desde el comienzo de la novela. Casi sus primeras palabras dicen así:

En este mundo no hay más que egoísmo, ingratitud y mientras más infamias se ven, más quedan por ver... (555).

«Este mundo» es, por supuesto, el mundo de la administración, su mundo adoptivo, y la amplia y categórica condena peca evidentemente de hiperbólica. Villaamil está proyectando sus problemas personales al mundo entero. La primera palabra que articula en el segundo capítulo —«¡Colocar-me!»— mantiene este tono exaltado y patéticamente burlesco. Asimismo, la primera impresión visual que tenemos de Villaamil es la comparación con «un tigre viejo y tísico que, después de haberse lucido en las exhibiciones ambulantes de fieras, no conserva ya de su antigua belleza más que la pintorreada piel». (554).

Menos importancia tiene la segunda descripción, esta vez pictórica, al pensar en la negra necesidad de acudir como mendigo a sus amigos:

El tigre inválido se transfiguraba. Tenía la expresión sublime de un apóstol en el momento en que le están martirizando por la fe, algo del *San Bartolomé* de Ribera, cuando le suspenden del árbol y le descueran aquellos tunantes de gentiles, como si fuera un cabrito (555).

Aparte del destacado contraste con la representación de doña Pura como figura de Fray Angélico, esta comparación nos muestra, desde el principio, la vocación de martirio, de padecer por la fe<sup>25</sup> —que es la subyugación a la administración— que caracteriza al pobre Villaamil; y el tono ligeramente irónico del pasaje citado nos indica lo que ésta tiene de exagerado. A continuación, Galdós se refiere al apodo de Ramsés II que puso al Villaamil de *Fortunata y Jacinta*, pero aunque sobrevive alguna imagen de momia<sup>26</sup> a la identificación más bien estática con los egipcios antiguos le sustituye la más dinámica del tigre gastado y del santo y mártir.

Como ocurre más de una vez en la organización metafórica de la novela, las impresiones visuales son categóricamente desmentidas por los hechos. Un solo ejemplo: Mendizábal, hombre en extremo bondadoso, se parece a un gorila, así como su apellido, de destacado renombre liberal, no casa bien con sus opiniones reaccionarias. Se dan parecidas ironías de situación: cuando Cucúrbitas

se niega a ayudar más a Villaamil, da dos perros grandes por única vez al muchacho que tantas correrías ha hecho sin percibir céntimo; y cuando a Mendizábal los Villaamil le pagan excepcionalmente la mensualidad, sale con mal humor porque ellos no se sienten dispuestos a lisonjearle. Y como último ejemplo, muy pertinente, de esta ironía: una vez cuando el bueno de Villaamil estaba resignado a una cesantía que parecía inevitable: «no pensaba más que en el fatídico *cese*; lo veía delante de sí día y noche, manifestándose con brutal laconismo. ¿Y qué sucedió? Pues, sucedió que me lo ascendieron» (639).

Así pasa también con la apariencia de tigre, si bien viejo y gastado, que concuerda, eso sí, con el aspecto felino de toda la familia; por feroz que parezca al hacer su característico ademán de mover con saña la mandíbula, la verdad del caso es todo lo contrario: «Su cara tomaba expresión de ferocidad sanguinaria en las ocasiones aflictivas, y aquel bendito, incapaz de matar una mosca, cuando le amargaba una pesadumbre parecía tener entre los dientes carne humana cruda, sazónada con acíbar en vez de sal» (560). Villaamil, claro está, peca no de agresivo, sino de excesivamente dócil e indeciso en toda su conducta familiar.

A estos atributos se añade pronto su fuerte complejo persecutorio («¿Quién será, pero quién será el danzante que me hace la guerra? Algún ingrato quizá que me debe su carrera» (562), al que da hiperbólica expresión en el angustiado rezo o soliloquio del capítulo IV, que llega a su punto culminante cuando choca, en las tinieblas, contra la puerta y la mesa despertando al extenuado Luisito y aterrándole con su obsesionada rememoración de las fechas de una ley administrativa.

A base de ironías, exageraciones y contrastes, pues, Galdós establece desde el principio una honda veta humorística de discrepancia entre lo visto y dicho y la realidad que anticipa los acontecimientos posteriores.

La inclinación hacia lo heroico y lo exagerado, pues, está allí desde el principio<sup>27</sup>. Esto, para mí, explica y justifica el tono cómico de las descripciones y acontecimientos relacionados con Villaamil y me impide tomarlo tan a pecho como ciertos críticos. Por esta tendencia a la exageración y la falta de proporción las crueles sátiras de Guillén y la imposición sobre el autor de las cuatro memorias del mote *Miau* resultan consecuentes y hasta cierto punto justificadas, si bien despiadadas. Así al trastornársele el juicio la conversión de *Miau* en *Inri*, símbolo de la pasión de Cristo crucificado, no carece de preparación y de antecedentes.

La querencia que siente por la mole del Ministerio de Hacienda es honda y conmovedora:

Profesaba Villaamil entrañable cariño a la mole colosal del Ministerio; la amaba como el criado fiel ama la casa y la familia cuyo pan ha comido durante luengos años; y en aquella época funesta de su cesantía visitábale él con respeto y tristeza, como sirviente despedido que ronda la morada donde le expulsaron, soñando en volver a ella (610)<sup>28</sup>.

Allí está su vida, allí sus aspiraciones y es la exclusión de la rutina administrativa lo que más le duele en el alma —exclusión que le sería forzosa aceptar en todo caso al jubilarse. Otra ironía es que si lograra colocarse durante esos dos meses, se quedaría con una jubilación muy holgada de los cuatro quintos de su mejor sueldo. Es otro absurdo del «todo o nada» que caracteriza la administración española de entonces. Hay que notar, además, el hecho significativo de que Villaamil no habla para nada como un empleado que raya ya en la jubilación; de los dos meses que le faltan para cumplir los treinta y cinco años de servicio reglamentario habla poco; en cambio, discurre largamente sobre dos temas: los detalles más nimios de ascensos y de salarios, que inevitablemente le hieren en su estima propia, y sus proyectos de reforma burlescamente condensados en las letras MIAU: los slogans que otros toman tan en serio. Me falta tiempo para hablar largamente de ello, pero me parecen invenciones de índole puramente administrativa que poco o nada tienen que ver con la realidad del país. *Moralidad* es un concepto altamente deseable, pero tan general que carece de eficacia práctica; el *Income Tax* podría ser un impuesto útil y equitativo, pero se nos indica varias veces<sup>29</sup> que depende de la buena fe del público que el mismo Villaamil duda que exista; *Aduana* huele a un proteccionismo que no deja de ser discutible, y *Unificación de la Deuda* no pasa de ser un mero ajuste financiero. No puedo creer que Galdós viera en estas medidas ninguna panacea para los males de España.

¿Qué actitud —podríamos preguntarnos en este punto— tiene Galdós hacia la administración? Algo tiene indudablemente de «mundo absurdo» como acertadamente lo califica Gullón<sup>30</sup>, pero no —creo yo— en el sentido contemporáneo, kafkiano, de ser completamente falto de significado y de coherencia. Más bien, es un mundillo aparte, con cierta autonomía de actividad e intereses. Podríamos quizá caracterizarlo como una excrescencia parasítica, que vive a expensas de la vida auténtica de la sociedad, quitando vitalidad y engullendo energías, espíritus y recursos que bien pudieran servir para otras cosas, pero esto nos llevaría algo más lejos de lo que Galdós nos deja presentado en la novela, si bien está de acuerdo con lo antes citado de «Soñemos, alma, soñemos». Galdós en todo caso no propone soluciones, sino describe, o más bien pinta, hechos experimentados. Si algo se puede deducir de su actitud es que hay una casi imperceptible y lentísima mejora en las condiciones humanas<sup>31</sup>, pero que si éstas llegan en un momento determinado a ser intolerables para cualquier grupo de la sociedad podrá producirse una revolución —de ahí las opiniones disolvente de un Juan Pablo Rubín o de un Villaamil en un trance crítico —revolución que por su parte no tarda en volver al camino de antaño. Esto no quiere decir de ningún modo que Galdós no se interese en la reforma de los defectos de la España de su tiempo, pero tengo para mí que los adelantos que prevé Galdós se consiguen, tanto en la esfera material como en la espiritual, por iniciativas privadas: en la primera, por un empuje dinámico e individualista; en la segunda, de índole más abnegada, por individuos regidos por un irrepri-



mible instinto humanitario, por el amor en definitiva. Nuestro buen Ramón de Villaamil no se cuenta ni entre éstos ni aquéllos.

Lo que es cierto es que este mundo burocrático ejerce una honda fascinación sobre Galdós, que ve en él riquísimas posibilidades de estudiar a distintos individuos contra un fondo económico-social y buenos ejemplos de la movilidad y consolidación de clases que tanto le interesa. Así describe a los tres mil empleados satisfechos con la Restauración que salen del Ministerio de Hacienda el día del cobro.

Era, sin duda, una honrada plebe anodina, curada del espanto de las revoluciones, sectaria del orden y de la estabilidad, pueblo con gabán y sin otra idea política que asegurar y defender la pícara olla; proletariado burocrático, lastre de la famosa nave, masa resultante de la hibridación del pueblo con la mesocracia, formando el cemento que traba y solidifica la arquitectura de las instituciones (660)<sup>32</sup>.

Por otra parte, no creo que Galdós viera en la administración trascendencia alguna que justificara las pretensiones de Villaamil: la redención de España no se encuentra por este camino. Se trata, esencialmente, de la manera de ganarse la vida para un sinnúmero de la clase media madrileña, o, como dice Galdós en su pintoresco tono chabacano, familiar e incluso vulgar, como si fuera él uno de los participantes<sup>33</sup>: «el garbanzo y la santa rosca de cada día». El tono de lírica alegría, no exenta de ironía, con que Galdós describe el momento de la paga y la salidad de la gente con sus bolsillos repletos de monedas bajo el ojo observador del pobre Villaamil corresponde al mismo criterio de la primordial importancia de la recompensa para estas gentes: a más no aspiran. «¡Ah! ¡Cielos!» —exclama Galdós en otro capítulo— «¿Qué sería del mundo sin cocido? ¿Y qué de la mísera humanidad sin pagas?» (614). Conviene tener en cuenta una vez más la fatiga producida por las turbulencias recién pasadas. Recuérdense lo que decía don Evaristo Feijoo a Juan Pablo Rubín en *Fortunata y Jacinta*:

Yo ... soy progresista desengañado, y usted tradicionalista arrepentido. Tenemos algo en común: el creer que todo esto es una comedia y que sólo se trata de saber a quién le toca mamar y a quién no. (Ed. cit., 295.)

Lo malo y lo verdaderamente triste de la situación espiritual de Villaamil, pues, es que ha creído a pie juntillas en la significación trascendental de la administración sobrestimando a la vez el papel que a él le toca desempeñar en ella. Es víctima de la administración porque ha consentido en ser un esclavo. Así un acuciante problema personal, en difíciles condiciones políticas, el de sacar la merecida recompensa de una vida de servicio —aspiración muy limitada, pero concreta— se convierte para Villaamil en un heroico esfuerzo individual en pro de unos principios de buena administración que no sirven para

el caso —el papel del reformador auténtico es mucho más arduo— y que, de todos modos, él, por la edad y la categoría de subordinado, no puede estar destinado a imponer. Huelga decir que, así vistas, sus tácticas son contraproducentes: sus perpetuas visitas y sobretudo sus reiteradas ideas fijas causan cansancio<sup>34</sup> y prestan verosimilitud a las calumnias de Víctor de que ya está loco e incapaz de desempeñar un destino.

Dicho todo esto, interesa examinar ahora las características de los demás funcionarios que salen en el libro. Algunos críticos han subrayado la superioridad ética y humana de Villaamil frente a sus colegas y no les falta razón; pero lo importante es que cada uno de ellos a su propia manera logra ajustarse a la realidad de su situación.

De la ciega e incondicional adoración del sistema estatal el prototipo es Pantoja, cuyo lema es *mucha administración y poca o ninguna política*. Dotado de «cierta inercia espiritual» en las facciones, es el *probo funcionario* por excelencia. No tiene los pujos renovadores de Villaamil, sino que persigue implacablemente al pobre contribuyente o *particular*. Se ha hecho indispensable de tal modo que es uno de los poquísimos que no teme la cesantía. Es un tipo, sin embargo, destinado a desaparecer, por las mismas causas de turbulencia que hemos analizado: el futuro, nos insinúa Galdós, está con los intrigantes y enchufados como Víctor. Si Villaamil supera a Pantoja en amplitud de miras, en un sentido esencial éste le lleva la ventaja:

En su vida privada era Pantoja el modelo de los modelos. No había casa más metódica que la suya, ni hormiga comparable a su mujer. Eran el reverso de la medalla de los Villaamil, que se gastaban la paga entera en tiempos bonancibles, y luego quedaban pereciendo. La señora de Pantoja no tenía, como doña Pura, aquel ruinoso prurito de suponer, aquellos humos de persona superior a sus medios y posición social ... Nunca gastaron más que los dos tercios de la paga ... (614-15)

No hace la menor contribución positiva a la vida colectiva de España, pero si ocurriera lo impensable y Pantoja se quedara cesante, no pasaría los apuros materiales de su amigo Villaamil.

Del cojo Guillén, cínico y amargo que pasa el tiempo haciendo caricaturas o dedicándose a sus extravagantes obras de teatro y del señorito elegante y superficial que es Espinosa poco hay que decir, salvo que frente a su evidente inferioridad a Villaamil en la vida parasítica de la administración tienen la ventaja práctica de no encaramar en demasía su ocupación levantándole un altar. Sólo Argüelles, con sus incesantes quejas sobre su numerosa familia que le incumbe mantener con sus míseros doce mil reales, se parece algo a Villaamil; es el que le tiene más simpatía y compasión y no sería extraño, en este mundo vuelto al revés, sobre arbitrario e injusto, que es la burocracia, que fuera él el próximo cesante.

Más importante para nuestro propósito es el caso de Federico Ruiz, figura

más bien frívola y métomentodo, que aparece en diversas novelas de Galdós y que lleva el irónico mote de *insigne pensador*. Cesante en esta obra y pasando «una crujía espantosa», posee no obstante un estado de ánimo que le permite llevarlo con tranquilidad y cuenta además con el apoyo de su mujer:

... llevaba con tranquilidad su cesantía, mejor dicho, tan optimista era su temperamento que la llevaba hasta con cierto gozo ... Tenía en su alma caudal tan pingüe de consuelo que no necesitaba la resignación cristiana para conformarse con su desdicha. El estar satisfecho venía a ser en él una cuestión de amor propio, y por no dar su brazo a torcer se encariñaba, a fuerza de imaginación, con la idea de la pobreza, llegando hasta el absurdo de pensar que la mayor delicia del mundo es no tener un real ni de dónde sacarlo ... La eficaz Providencia suya era su carácter, aquella predisposición ideal para convertir los males en bienes y la escasez ajusta en risueña abundancia. Habiendo conformidad no hay penas (571).

El contraste con Villaamil, a quien le falta en absoluto conformidad, es evidentísimo, y con esa ironía tan galdosiana, es Federico Ruiz, que no cede en sus aspiraciones de ser colocado, quien es por fin nombrado a una absurda comisión en Madrid, además de sacar el vistoso y ridículo título portugués, con flamante uniforme, de *Bombeiro, salvador da humanidade*.

Ninguno de estos paralelos refleja exactamente la situación de Villaamil, hombre ya viejo y gastado, pero demuestran claramente que la extrema situación en que se encuentra material y espiritualmente es en parte el resultado de su propio modo de ser a lo largo de los años.

Existe, además, otra posible actitud más conforme con aire heroico que ostenta Villaamil y puesta, con deliberada incongruencia, en la boca de Víctor Cadalso:

No hay que abatirse ante la desgracia... Los hombres de corazón, los hombres de fibra, tienen en sí mismo la fuerza necesaria para hacer frente a la adversidad... Bien sé que el varón fuerte no necesita consuelo de un hombre de fibra, tienen en sí mismos la fuerza necesaria para hacer frente al santuario de la conciencia y decir: Bien. Me basta mi propia aprobación (599).

Pero este tipo de estoicismo no le hace ninguna gracia a don Ramón.

Pasemos finalmente a considerar la locura de Villaamil, que acaba en su suicidio. La locura data del momento en que sabe que, a más de haberse colocado Víctor, el muy mezquino ha declarado al supuesto protector de su suegro que éste ya no es capaz de desempeñar ningún destino. En su trastorno se complace en aceptar el mote de *Miau* como el *Inri* de su martirio y luego en inventar nuevos juegos de palabras, de afirmación personal o de reto contra el Estado, con las iniciales MIAU: «Mis Ideas Abarcan Universo» o «Muerte Infamante Al Ungido», etc. Entonces realiza el único acto de resolución en su casa: el

de apoyar el interesado empeño de Víctor de llevarse a Luisito a casa de los Cabrera: «Buena gente —nos asegura Galdós—, pero que tienen sus defectillos»<sup>35</sup>. Vale la pena de ponderar el mérito de esta solución que Galdós deja planteada sin más comentario. Villaamil se pregunta a sí mismo: «¿No es un verdadero crimen lo que voy a hacer, o, mejor dicho, dos crímenes? Entregar a mi nieto y después...» (673), y se le aviva un poco el prurito de vivir. Y es el niño, con la última y suprema ironía, quien le confirma en su ahora vacilante decisión comunicándole que «Dios» le había dicho que le convenía morir. No le hace falta más al indeciso anciano para volver a su determinación anterior. En cuanto a la solución, el toque está en la presencia de Villaamil, es decir, en la decisión de matarse o no, como él mismo reconoce; si él falta, mejor estará el niño con la tía Quintina, pero es a lo más una solución negativa impuesta por la ya histórica debilidad de su abuelo, por muy satisfecho que éste se declare más tarde: «todo lo dejo arregladito» (676).

No me cabe duda de que los últimos capítulos, XLII a XLIV, son de decisiva importancia para penetrar en la psicología de Villaamil. Todos los que han estudiado la obra han señalado el impacto tan distinto de las meditaciones sobre la naturaleza de Villaamil en aquel trance. Es evidente que tiene en su locura una alternación entre una lucidez quijotesca y una rabia contra la sociedad que le impulsa a unas declaraciones del más destructivo nihilismo, expresadas siempre dentro de la fórmula *Miau*: Muerte Infamante Al Universo, etc. Por primera vez también disfruta de lo que ofrece libremente el campo:

Paréceme que lo veo por primera vez en mi vida, o que en este momento se acaba de crear esta sierra, estos árboles y este cielo. Verdad que en esta perra existencia, llena de trabajos y preocupaciones, no he tenido tiempo de mirar para arriba ni para enfrente... Gracias a Dios que saboreo este gusto de contemplar la Naturaleza, porque ya se acabaron mis penas y mis ahogos, y no cavilo más en si me darán o no me darán destino; ya soy otro hombre, ya sé que es independencia, ya sé lo que es vida, y ahora me los paso a todos por las narices, y de nadie tengo envidia, y soy..., soy el más feliz de los hombres (675).

Se ha observado que sólo por tener arreglado el porvenir de Luisito y de Abelarda puede sentirse libre e independiente<sup>36</sup>, pero el campo allí estaba: tiempo tenía de sobra en su cesantía, sólo su obsesión le impidió aprovecharlo —piénsese en el ejemplo de Federico Ruiz—. Parker identifica esta libertad con la aspiración cristiana a un irrealizable reino de Dios<sup>37</sup>, pero yo no veo que el problema sea de modo alguno extraterrenal: se trata de acabar de escaparse a los problemas de la vida —de carrera y de casa— a los que durante muchos años ha rehusado hacer frente.

Al contemplar la despreocupada vida de los pájaros, Villaamil la contrasta con la de su casa:

Coman, coman tranquilos... Si Pura hubiera seguido vuestro sistema, otro gallo nos catara. Pero ella no entiende de acomodarse a la realidad. ¿Cabe algo más natural que encerrarse en los límites de lo posible? ¿Que no hay más que patatas?... Pues, patatas... (677).

Así es: si Pura no sabe acomodarse a la realidad, encerrarse en los límites de lo posible, don Ramón no lo sabe tampoco. Continúa diciendo:

Gracias a Dios, he tenido valor para soltar mi cadena y recobrar mi personalidad. Ahora yo soy yo... (678).

Se da cuenta de su personalidad en el momento de morir: si tuviera valor para soltar su cadena, emanciparse de su dependencia espiritual sobre la administración e imponerse en su propia casa, hubiera podido declarar con verdad que era libre sin necesidad de suicidarse. La orgullosa proclamación de independencia no oculta el fracaso que ha sido su vida y todo a lo que en ella aspiraba. Es más: es un último ejemplo de su capacidad de engañarse a sí mismo, revistiendo de valor y heroísmo la decisión de quitarse la vida.

Finalmente, en el acto mismo de su suicidio tenemos un último destello de su presentimiento fatalista de derrota. Así como a lo largo de su vida todo parecía suceder al revés de lo que él esperaba, dando lugar a su esperanzador pesimismo en cuanto a su credencial, ahora teme un desastroso fracaso en su definitivo acto de pegarse un tiro. Este último toque irónico suaviza el fin patético de una persona buena que fracasó en su vida por hacerse ilusiones sobre la realidad de la vida que le circunda. Lo que a Galdós le interesa demostrar no es un programa de reformas más o menos práctico, sino a un personaje vivo en una determinada situación social. Scanlon y Jones exageran, a mi ver, cuando afirman que «Galdós's main concern as a novelist was with social relationships and not with individual psychology»<sup>38</sup>: yo veo como su principal preocupación el juego entre individuo y sociedad, en el que no domina exclusivamente ni ésta ni aquél. Por tanto, se trata no sólo de «how unjust government contaminates private life and can create the conditions for the destruction of social order», sino de cómo unos individuos se adaptan, por bien o por mal, a la realidad circundante y cómo otros, bajo la presión de dificultades y apuros, pierden contacto con ella. En este sentido Villaamil se une a una serie de personajes galdosianos que se desprendieron en cierto modo de la vida tal como es. Referámonos solamente a dos. Como Isidora Rufete, si bien bajo la presión de circunstancias más graves, Villaamil pierde su sentido de lo real; como Rafael del Aguila, aunque en un contexto muy distinto y más apremiante, no se dispone a adaptarse a una situación que aborrece y prefiere matarse. La situación de excepcional apuro en que se encuentra no ha excluido ni excluye aún durante la acción de la novela cierta limitada libertad de acción; Villaamil está fuertemente condicionado por su medio ambiente, hasta cierto punto por su época y en menor grado por su linaje, para emplear los famosos términos de

Taine, pero no está determinado científicamente<sup>39</sup> por ellos, subyugado por ellos, según la doctrina naturalista de Zola. Ramón de Villaamil entregó su alma y su vida al Estado por su propio libre albedrío. Así se iba haciendo ilusiones sobre la realidad del mundo en que vivía y al ser abandonado por el estado que idolatraba y desamparado por la familia que él no sabía dirigir se creyó sin más recurso que el suicidio. A la vez que sentimos una honda compasión hacia el pobre Villaamil en sus agonías, hemos de reconocer que no tenía por qué ser así.

## NOTAS

<sup>1</sup> Al enviar un ejemplar de *Miau* al novelista catalán Narcís Oller (21 de junio de 1888), Galdós lo calificó de «obra ligera y de poca piedra», añadiendo con excesiva o irónica modestia: «Pero en fin, otra vez se hará un poco mejor»; citado por W. H. SHOEMAKER, «Una amistad literaria: la correspondencia epistolar entre Galdós y Narciso Oller», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras* (Barcelona) XXX (1964), 287. Debo la referencia a la gentileza de Alan Yates, de la Universidad de Sheffield.

<sup>2</sup> «Villaamil, Tragic Victim or Comic Failure?», *Anales galdosianos*, IV (1969), 13-23.

<sup>3</sup> «*Miau*: Prelude to a Reassessment», *AG*, VI (1971), 53-62.

<sup>4</sup> «The Question of Responsibility in Galdós, *Miau*», *AG*, VI (1971), 63-77.

<sup>5</sup> *The Novels of Pérez Galdós. The Concept of Life as Dynamic Process*. St. Louis, 1954.

<sup>6</sup> *The «Miau» Manuscript of Benito Pérez Galdós. A Critical Study*. California, 1964.

<sup>7</sup> JOAQUÍN CASALDUERO, en su estimulante libro *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*, Gredos, 1951, interpreta a Villaamil como representante de la humanidad: «Madrid es el mundo, y el empleado, el hombre. Morir es quedar cesante.», p. 112. Siento discrepar del criterio del ilustre crítico.

<sup>8</sup> B. PÉREZ GALDÓS, *Miau*, ed. R. Gullón, Madrid, 1957 y R. GULLÓN, *Galdós novelista moderno*, 1960, rev. 1966.

<sup>9</sup> «The Meaning of *Miau*», *AG*, IV (1969), 25-38.

<sup>10</sup> «Ricardo Gullón and the Novels of Galdós», *AG*, III (1968), 163-68.

<sup>11</sup> PARKER, art. cit., p. 15 además me causa de haber interpretado *Miau* «with the benefit of the hindsight derived from *Nazarín*, whose protagonist did not allow himself to be enslaved by the socio-economic 'machine' and sought the 'basic human realities' in the freedom of the open fields».

<sup>12</sup> Art. cit., p. 54.

<sup>13</sup> Es preciso dar una larga cita para demostrar el alcance completo de la crítica de Weber. His extreme concern for himself prevents him from realizing that life is not worthless because of a failure to get a government job or because his former associates fail to recognize as good a plan which Villaamil believes to be the solution of Spain's financial problems. In short, Villaamil is guilty of despair... It is the individual, and not the system, that is responsible, in spite of the fact that Galdós never praises bureaucracy and its changing composition reflecting political shifts... Villaamil is so weak that his pessimism, which,

he believes, conceals his lack of self-confidence, eventually prevents him from discerning a way out of his difficulties. His fatalistic attitude so narrows the possibilities that suicide seems to be his only solution... Villaamil's real difficulty arises when he becomes so intent upon being reappointed to the two months' service which would qualify him for a pension that he is unable to seek another means of making a living. His near monomania seems to be his only solution... Villaamil's real difficulty arises when he becomes so in blissful retirement. This assumed right, I think, is a manifestation of excessive self-concern, as is his eventual suicide. Galdós implies that society does not owe as much to the individual as does the individual to society (*op. cit.*, pp. 68-70).

<sup>14</sup> SCALON Y JONES, art. cit., p. 56: «Those characters who held Villaamil responsible for his plight (Pura and Víctor) give reasons which are unacceptable by any normal ethical standard.»

<sup>15</sup> Art. cit., p. 71.

<sup>16</sup> «Villaamil is chushed by a society organized solely on the basis of injustices that take no account of personal values, for their motive force is individual selfishness; this produces a kind of impersonal cruelty —an inhumanity— in society as a whole, which is to say in the State. The concept of the State as a bureaucracy, entailing a whole new class of civil servants, was essentially the creation of the nineteenth century. The general criticism implicit throughout *Miau* is of the inhuman, machine-like character of this bureaucracy, represented by the Ministry of Finance, against which the individual battles in vain for justice.», art. cit., p. 16.

<sup>17</sup> PARKER, art. cit., p. 17: «I can see no sign whatever that Galdós himself holds the plan up to ridicule. On the face of it these seem to be measures making for a rational and simplified administrative order.» SCANLON Y JONES, art. cit., p. 17: «the really important point about the proposals is that they reveal initiative and a genuine concern for problems of national importance.» RAMSDEN, art. cit., p. 73, «finds no evidence» que haya intento de poner en ridículo, abierto o tácito, los proyectos de Villaamil.

<sup>18</sup> Doy las referencias de página entre corchetes. La edición que utilizo es la de *Obras completas*, V, Aguilar, por F. C. Sainz de Robles, 3a. ed. 1961.

<sup>19</sup> WEBER, *op. cit.*, p. 70, llama «moderado» a Villaamil, y es indudable que él goza del apoyo de los políticos más conservadores. Nótese, por ejemplo, el entusiasmo de Villaamil por Bravo Murillo (563, 651), célebre tanto por su despotismo como por su afán de eficiencia administrativa.

<sup>20</sup> En las visiones que tiene Luisito, «Dios» explica lo mismo en términos más sencillos: «Hazte cargo de las cosas. Para cada vacante hay doscientos pretendientes. Los ministros se vuelven locos y no saben a quién contentar. Tienen tantos compromisos, que no sé yo cómo viven los pobres.» (559).

<sup>21</sup> Véase la «confabulación tácita... por la cual se establece el turno en el dominio», *Fortunata y Jacinta*, III, 295; para la cita entera, véase mi «Contemporary History in the Structure and Characterization of *Fortunata y Jacinta*», *Galdós Studies*, ed. J. E. Varey, Tamesis Books, 1970, 90-113.

<sup>22</sup> Hay un problema de cronología, poco importante: en *Miau* la extendida cesantía llega más tarde en la carrera de Villaamil.

<sup>23</sup> De modo parecido nos dice Galdós que «la casa en que había más refinamientos sociales era la de Villaamil...» (589).

<sup>24</sup> Incluso las cartas privadas en que se vio obligado a pedir socorro las redactaba en estilo oficial, es decir en la jerga burocrática (591).

<sup>25</sup> Así es que se sirve de términos netamente religiosos para referirse a la administración, por ejemplo «Bienaventurados los brutos, por que de ellos es el reino... de la Administración» (563). Conviene notar también que cuando, bajo el estímulo de Luisito, reza a Dios, no pide conformidad con la voluntad divina, sino lo único que anhela y que puede satisfacerle, la credencial que siempre se le escapa.

<sup>26</sup> En la descripción del efecto demoleedor que le causó la muerte de Luisa: «desde entonces se le secó el cuerpo hasta momificarse y fue tomando su cara aquel aspecto de ferocidad famélica que le asemejaba a un tigre anciano e inútil» (590).

<sup>27</sup> RAMSDEN ha hecho una distinción, útil hasta cierto punto, entre Villaamil en el momento de quedarse cesante, el de su afán de colocarse y el de su desesperación y suicidio: «a character in evolution, reacting —and ultimately breaking— under the force of circumstances beyond his control» art. cit., p. 75. Todas esas circunstancias, sin embargo, no caen fuera de su control desde el principio; él permite que éstas lleguen por fin a dominarle.

<sup>28</sup> La situación espiritual de Villaamil tiene un curioso parecido con la de Ganivet, quien describe un tipo de misticismo negativo en el cual «el espíritu que abandonó la realidad por demasiado baja no puede elevarse a la infinitud por demasiado alta, y se queda vagabundo por los espacios, ni más ni menos que un cesante que pasea su hambre y sus esperanzas por los alrededores de su antigua oficina», *Obras Completas* (Aguilar), II, «Epistolario (carta del 18-II-1893)», p. 812.

<sup>29</sup> «Yo lo sostengo: el impuesto único, basado en la buena fe, en la emulación y en el amor propio del contribuyente», p. 563; también en la p. 616.

<sup>30</sup> «La burocracia, mundo absurdo», capítulo de *Galdós, novelista moderno*, 282-310. Hay que tener en cuenta las palabras, breves pero perspicaces, de RODOLFO CARDONA sobre los peligros de una interpretación de tipo novecentista de *Miau* (*Galdós: papers read at the Modern Foreign Language Department Symposium: 19th Century Spanish Literature*, Mary Washington College, Fredericksburg, Virginia, 1967, pp. 75-77).

<sup>31</sup> Véase HANS HINTERHÄUSER, *Los «Episodios Nacionales» de Benito Pérez Galdós*, Gredos, 1963, p. 119: «la concepción dominante es, pues, la de una evolución lentísima, aunque constante, hasta alcanzar la «plenitud de los tiempos».

<sup>32</sup> En *Fortunata y Jacinta*, I, VI, I, Galdós habla, de una manera aparentemente complaciente, del efecto democrático y aun socialista de la «empleomanía».

<sup>33</sup> Véase el interesante ensayo de ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO, «El estilo y la técnica de Galdós», *Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado*, 2a. ed., Guadarrama, 1968: «en éste como en muchos otros casos, Galdós hace que sintamos como si estuviéramos allí » (p. 37).

<sup>34</sup> Un buen ejemplo en la página 629: «El jefe de aquel departamento [Personal], sobrino de Pez y sujeto de mucha escama, le conocía, aunque no lo bastante para apreciar y distinguir las excelentes prendas del hombre, bajo las importunidades del pretendiente.»

<sup>35</sup> Las actividades comerciales de Cabrera son de lo más dudoso. «He robs the churches, the state and the railways. Not at all bad for a buena persona», comenta RAMSDEN, art. cit., página 69. Quintina, por su parte, es mandona y fisgona. Es de notar, además, que dice a Luisito que no se ocupe de estudiar (592). No resulta, pues, nada claro que se le haga un gran favor a Luisito mandándole a los Cabrera, si bien estará algo mejor que con las *Miaus*.

<sup>36</sup> PARKER, art. cit., p. 22, «only now is he free of the care of this family» (las *Miaus*);



SCANLON y JONES, art. cit., p. 60: «Villaamil is able to enjoy this world [¿por cuánto tiempo?] only because, the sustenance of his family being assured by Abelarda's marriage and Luisito's future by his transfer to Quintina's protection, the old man has shed at last the burden of this responsibilities.»

<sup>37</sup> Parker señala con razón las resonancias evangélicas (Mateo, VI, 25-33) de estos sentimientos, y prosigue haciéndose la pregunta 'where is the kingdom of God whose seeking justifies this total detachment...? To this question the novel gives no answer (art. cit., 22). A mi ver no hay contestación porque no se plantea el problema: no veo en *Miau* este anhelo de salvación no satisfecho que Parker indica («*Miau* poses the need for salvation through individual freedom, but having created this anguished yearning it leaves us, as it leaves Villaamil, facing darkness.») Para mí su interpretación, aunque muy lúcida y consistente, peca sobre todo de querer trazar una evolución espiritual demasiado nítida desde el «pesimismo» de *Miau* al ímpetu caritativo de *Nazarín* y *Misericordia*.

<sup>38</sup> SCANLON y JONES, art. cit., 61.

<sup>39</sup> «En un mot, nous devons opérer sur les caractères, sur les passions, sur les faits humains et sociaux, comme le chimiste et le physicien opèrent sur les corps bruts, comme le physiologiste opère sur les corps vivants. Le déterminisme domine tout. C'est l'investigation scientifique, c'est le raisonnement expérimental qui combat une à une les hypothèses des idéalistes, et qui remplace les romans de pure imagination par les romans d'observation et d'experimentation.» *Le roman expérimental*, Bibliothèque-Charpentier, Paris, 1913, pp. 16-17.